

LE DIGO AL AVIADOR

Roberto Themis Speroni

Aviador del invierno, brujo helado,
escalador de nubes, ¿qué te queda
debajo de la barba, en aquel rostro
que usabas en la hierba, cuando niño?
¿Qué te queda colgado de los ojos,
de la boca, del huracán de pana
con el que le sacabas a la lluvia
los secretos del agua junto al fémur
de la planicie negra;
donde, a veces, se moría un caballo,
una liebre de frío, un fugitivo,
y tantas cosas que morían solas,
sin decir nada, por ejemplo, nada,
porque sí, obligándose a la muerte,
a la cal apagada, a los crujidos
de un carro anual, de un espesor dudoso,
así como una flaca flor soldada
a un cadáver errante?

Extrañarás, sin duda, los ciruelos,
las levaduras de un domingo, el paso
de una moneda llena de cerveza,
y la tos de tu abuelo violinista,
y aquel jabón de hierro
que abrías para el pliegue de las uñas,
y tu sombrero de armazón violeta
yéndose por el aire, más arriba,

con tu cabeza adentro, como un fuego
de pelo ebrio, casi siempre justo
por la razón del hombre, por el hueco
de una mujer frotándose las piernas,
o a lo mejor por el comercio estricto
del tiempo con los niños y graneros.

Debe ser duro no apostar a fondo,
no pulsar con un polen de herraduras,
ni discutir problemas similares
al lúpulo y los clavos. No imagino
cómo harás para verte sin la tierra,
sin los tres camaradas, sin los dientes
que los árboles echan en verano;
no creo que te quede traje alguno,
aunque no te importaron, y ni creo
que tengas ganas ya de aventurarte,
de acompañarte a un duelo de cigarras
en un día de talco fragoroso
y sol hinchado a orín, por algún sitio
no muy común al humo de tus huesos.

Tú has conocido el vidrio de la muerte;
le has contestado todas las preguntas
y ahora no está más, no lo consigues,
y tú te mueres, aviador, te mueres
sin saberte de lámpara.

No entiendo,
no comprendo, aviador, cómo tu sangre
se ha dejado caer así en espina
casi en ruido de avena. Tú eras brujo.
No me figuro, no resuelvo. Es grave
no disponer de un pájaro que acierte,
de un amigo lunar, de una bellota,
o, simplemente, de un papel firmado.

Entretanto se arrugan las cosechas,
los botones del surco. Se disputa
sobre el hambre y la piel, se arrestan panes,
ruedas, hornallas, cabrias y gramiles;
se mencionan sucesos. Pero es claro:
tú te has puesto a buscarte como un ciego
encerrado en carbón, y no te asomas,
y ya nadie te ve ni te conocen
ni te dicen adiós, es cosa cierta.

Sólo por ti, lo sé, viven los cedros.

Le dicen al aviador

EL ÁRBOL

-Tu amor consiste en verme desde arriba.

Mírame desde abajo, desde el nicho
que mi raíz taladra. Sí, lo hiciste
en mayo, un día, sí, ya lo sabemos.
Pero entonces vivían los herrajes,
se olía el cuero fresco, se comía
debajo de la risa; las monedas
se usaban en collares para el vino,
y nosotros, los árboles, sabíamos
de tu edad, aviador, antes que nadie.

Claro está que tu amor ahora es distinto:
está como sin miedo, sin chaqueta,
cerca, quizá muy cerca de lo cierto;
tienes una inocencia delirante,
tardía, no de fiesta, de algo raro:
como si un dios o un loco te habitara.

(Para un árbol un hombre vale mucho:
es como un árbol lógico, sufriente).

Aviador, si precisas nuestra savia,
sángranos con la aurora, cuando escuches
que un pájaro se va, y estamos solos.

LA SANGRE

-Fui víbora de amor, salto de fruta,
tambor de luz azul. ¡Oh, me escuchabas
al lado de tu sien, entre los muslos,
debajo del cabello!

Me veías

acurrucada por los antebrazos,
tuya, contigo, yéndote por dentro,
defendiendo pulgadas de tu sombra
ante los estampidos del verano,
cuando de fiebre y sol eran las uvas,
y se tatuaban en tus pectorales
las flautas y el hervor de la madera.

Es imposible retener aquello,
devolverlo a mis glóbulos, al canto
de mi río más lento, actual, más turbio,
más de óxido gris, más de ceniza.

Nuestro ritmo, aviador, es comprensible:
un corazón no basta para el hombre.

LA CARNE

-Te has hundido conmigo; me has buscado,
nos hemos dado como dos espadas,
como dos bocas ópticas, furiosas
entre el sudor y el agua. Los rincones,
la hierba, el frío, el sol, las escaleras,
los sitios que eran sitios solamente.
Nos íbamos delante de nosotros
con el mordisco abierto, con los brazos
donde nunca, aviador, llegó el rocío.

Todo es claro, aviador. De nada sirve
recurrir a un distante atrevimiento:
nos vamos desprendiendo de la forma
como del árbol triste la corteza.

LAS COSAS

-Has construido un mundo; ya no es tuyo,
¿o quizá no lo fue desde el principio?
y si lo fue, ¿por qué nos lo dejaste
con soberbia fatiga?

Nos movemos
debajo de tu límite, los días
nos cubren como un mar, nos desordenan
inevitablemente. Somos tristes,
tristes como tu ropa, como el rostro
de la memoria que nos adjudicas.

Sácanos de esta dura circunstancia.

Éramos algo así como la gente,
como algún ser de nombre breve y bello.

LA LLUVIA

-A fragmentos iguales, como largos
mellizos del invierno,
como pieles de múltiple humedad,
como sonidos gemelos y brillantes,
en la tarde, después de la labranza,
íbamos juntos a caer al lado
del hombre y su tarea, saludando
su porosa paciencia.

Duras joyas

de acero, alambre, pernos y guadañas
se mojaban al paso de nosotros.
y tú, aviador, tenías el cabello
idéntico a las flechas.

Si retornas,

hazlo después de junio y no más tarde.

EL FRÍO

-En abril descendíamos del aire,
bajábamos envueltos por el hilo
del cristal y las nubes, sobre el campo,
arriba de los techos, de las cosas
usuales y pacíficas.

Bajábamos, recuerda, en el granizo,
casi sin darnos cuenta, dibujando
ruedas hexametras, ampolletas,
gotas de radio lógico, figuras
de tembloroso amor, crujiente y duro.

¿Alguien dormía entonces en su sitio?
Piénsalo bien, ¿los niños eran ciertos?
Los pájaros, los álamos, la tierra,
el río, el maquinista, las mujeres
acostadas entre el maíz y el sexo,
¿eran ciertos también?

Hemos rondado
leguas de soledad. Las armaduras,
las ventanas trabadas con torpeza,
los perros y los gatos de la noche
que el vagabundo invita a sus encías.

Cuánto descenso bajo los flotantes
espirales del aire. Reflexiona:

hallarás que la muerte no es tan ciega
cuando procura tu bastón de nieve.

EL ECO

-Nos escuchamos como en las mujeres
se escuchan sus dos pechos, como se oyen
un oído con otro, un pie con otro,
un sollozo con otro semejante.

Nos estamos oyendo con los dedos
a modo de bocina, con los años
como bruscos teléfonos de lona,
discándonos igual, dándonos voces
de aliento, de miseria, de sorpresa,
frente a una multitud que nos ignora,
a un comerciante que nos ve de insecto,
a un juez que no nos ve, porque no ejerce,
a un soldado que tiene siete balas,
a un niño que se ha puesto en las orejas
dos arañas untadas con asfalto.

A cada extremo estamos del sonido
de la vida, del poro. Devolvemos
para nosotros mismos la garganta,
el alarido, el ruego, la impudicia.

Yo te digo, aviador, tú lo repites:
los astros, ¿son iguales a nosotros?
¿Son afónicos dioses que se llaman?

LA NOCHE

-No eres igual a mí. Si lo pareces,
será porque me acechas las estrellas
brujo, aviador, maniático celeste,
empecinado, abandonado impulso
que las higueras nombran en invierno,
cuando percibo tu sudor de hombre
dándole latigazos al espacio,
dentro, debajo mío, justo al centro
de mi absoluto material inmóvil.

No obstante sé quién eres hasta el rayo.
y me dejo colgar hacia el carácter
de tu sueño, revuelto como un río
de árboles ardiendo, y te circundo,
y me quedo contigo, por si acaso
se levanta ese viento, cuya rueda
hace temblar la aldaba de los perros.

LA PIEDRA

-No se te ocurra descansar ahora
ni derrumbar tus huesos en mi silla.
Debes irte, aviador. El líquen duele
y el musgo es agrio. Ve. Las arboledas,
el tigre, el mar, los hombres, todos viajan,
andan su pie, caminan su medida.

No te quedes aquí. Sigue tu herrumbre.
Te guardaré, si puedo, esta montaña
que no es mía tampoco. Pero escucha:
tu corazón, si quiere, que se quede.

EL PADRE

-Recién hoy me doy cuenta de tu escudo.

Han soplado los vientos, y en el trigo
está ardiendo un cadáver memorable.

Recién hoy me doy cuenta; tú perdona.

Mi mano pesa igual que una montaña
de granito feroz; tengo en la frente

un pozo sin orillas, y en la boca

las palabras son ácidas y duelen

de tanto no decirlas. Sin embargo,

te acabo de mirar. Y se me ocurre

que tú puedes estar donde sabemos:

un poco más allá de la cicuta,

de los robles, del sur.

Quizá en el borde

de aquella nube que agudiza el tiempo.

EL HERMANO

-No hemos vuelto a comer desde el verano.
y acontecieron cosas. Y se han visto
plagas inmensas asolando el eje
de las legumbres.

Te busqué en tu barba;
te averigüé después de los riñones.
Tuve cuatro corderos, hubo fuego,
y hasta vino el alcalde con amigos.
¿Te has muerto nuevamente? ¿O tal vez vives
un poco más allá de tu cintura,
recuperando el sitio que prestaras,
que dieras porque sí, como el tabaco
que te fumó en diciembre una redonda
gitana de voz gris y pelo rojo?...

Tienes que aparecer cuando haya fiesta;
nuestra madre se ha puesto a hacer sortijas.

EL HIJO

-Tu vuelo ya no sirve; es poco cierto.

Para volar hay que tener dos alas
y no un arado ronco, una semilla,
y un cinturón de cazador y un canto
de estúpida belleza.

¿Cómo has hecho,
tú, mi padre aviador, para esconderte
en los relojes y en los hornos fríos,
despojado, sin útiles ni abejas
que justifiquen tu salud escrita?

¡Qué gran pena, aviador, me dan tus manos
quemándose en las mías que no cantan!

LA MUJER

-Me has estado gastando. Me has echado
la carne para atrás. Me has escurrido
la mirada y las vértebras del sueño.
Me has dislocado el alma y las rodillas,
y de mi libertad hiciste un ruido,
un oscuro estertor, la fruta, el lujo
inactual y sufrido de los meses
que ya no te preocupan.

¿ Me quisiste?

¿Te quise alguna vez? El amor usa
guantes de extraño hierro. Y por momentos,
hay una noche, un día, un lecho ardiente
subido a los colmillos y el aliento
de una mañana deslucida.

Dime,

¿tú eras leña, batalla, pan, defensa?
¿Era yo cumbre, manantial, reposo?
¿ Éramos cada uno en cada uno?

Suena la sopa en la cocina. Vienen
los cobradores, la vejez, el miedo,
las tablas y el saludo de las moscas.

Dime, aviador, ¿qué cosa es esta vida?

Dice el aviador

-Sí ya lo sé, es muy cierto. Aquí sabemos,
nos damos la razón, justificamos
una diadema, un perro, los arranques
de una medalla física, no hay dudas.
Pero, ¿quién es el aviador?, pregunto.
¿Quién es el que se pudre absorto y solo,
el que bebe su caldo negro y cura
en él los desgarrones de la gente,
los tumores errantes, las franquicias
de la locura, la conducta heroica
de andar volando sin volar, a ciegas,
o con instrumental de superficie,
prestado, dado en cuotas, recibido
con interés de sangre a plazo exacto?

¿Quién es...? ¿Acaso hay otro... ? ¿Somos muchos?

Los aviadores, digan: ¿somos muchos?
¿Nos paren en cajones, nos embalan,
nos acomodan con delicadeza
de colonia volante?

No respondan.

No hace falta, tampoco, que se inquieten.
Conocí a un aviador. Sigue volando
desde una cruz, a modo de cometa.